misantropía, que aun no se ha borrado del todo. Por todas partes se erigieron conventos, donde se retiraron los miserables engañados por el mundo, ó las almas que mas quisieron ignorar ciertos sentimientos de la vida, que esponerse á verlos cruelmente burlados. Mas en nuestros dias, aun cuando han faltado á estas almas apasionadas y ardientes los monasterios y claustros adonde los condujo la virtud, se han quedado como estrañas en medio de los demas hombres. Disgustadas de su siglo, y espantadas con su religion, han permanecido en el mundo, sin entregarse á él, y entonces han llegado á ser la presa de mil y mil ilusiones contradictorias; de aqui ha tomado origen esa culpable melancolía que se engendra en el seno mismo de las pasiones, cuando no teniendo objetos, se consumen por sí mismas en un corazon solitario (1).

(1) Aqui se hallaba el episodio de *René* formando el cuarto libro de la segunda parte del *Genio del Cristianismo*. El autor le ha escluido de esta obra en las últimas ediciones de ella, y circula separado.

LIBRO CUARTO.

De lo maravilloso, ó de la poesía en sus relaciones con los seres sobrenaturales.

CAPITULO PRIMERO.

La mitología apocaba la naturaleza; los antiguos no tenian poesía llamada propiamente descriptiva.

En los libros precedentes hemos hecho ver que el cristianismo, mezclándose con los afectos del alma, ha multiplicado los resortes dramáticos; y nunca repetiremos bastante, que el politeismo no se empleaba en los vicios y virtudes, y estaba totalmente separado de la moral. He aqui, pues, una parte inmensa que el cristianismo abraza mas que la idolatría. Veamos si en lo que se llama *maravilloso* escede en belleza á la misma mitología.

Harto conocemos que tenemos que combatir contra una de las preocupaciones mas antiguas de la escuela. Todas las autoridades están contra nosotros, y se nos pueden citar mas de veinte versos del Arte poética que nos condenan:

Et quel objet enfin á presenter aux yeûs etc.
C'est donc bien vainement que nos auteur decus, etc.

Como quiera que sea, no es imposible sostener que la mitología tan ensalzada, lejos de embellecer la naturaleza, destruye sus verdaderos hechizos; y creemos que en el dia son de esta opinion muchos literatos distinguidos.

El principal y primer vicio de la mitología, era desde un principio humillar y empobrecer, digámoslo así, la naturaleza, y desterrar la verdad. Prueba irrefragable de esto es, el que la poesía que nosotros llamamos *descriptiva*, fué ignorada de toda la antigüedad (1); los mismos poetas que cantaron la naturaleza, como Hesiodo, Teócrito y Virgilio, no hicieron *descripciones*, en el sentido que tomamos aqui esta palabra. Nos han dejado sin duda admirables pinturas de los trabajos, costumbres y felicidad de la vida rústica, pero en cuanto á las descripciones de los campos, de las estaciones y de los accidentes del cielo, que han enriquecido la musa moderna, apenas se halla un rasgo en todos sus escritos.

Es cierto que estos pocos rasgos son escelentes, como lo restante de sus obras. Cuando Homero describió la gruta del cíclope no la tapizó de *lilas* ni de *rosas*; puso en ella laureles y altos pinos, como Teócrito. En los jardines de Alcinoo hizo correr fuentes y florecer árboles útiles; en otra parte habla de la colina *azotada de los vientos* y cubierta de higueras. Representa al humo de los palacios de Circe, elevándose bajo un bosque de encinas.

De la misma verdad usa Virgilio en sus pinturas, Da al pino el *epiteto* de *armonioso*, porque tiene en efecto una especie de gemido suave cuando el viento le agita débilmente; en las Georgicas están comparadas las nubes á las vedijas de lana arrastradas por los vientos, y en la Eneida gorgean las golondrinas bajo el techo pajizo del rey Evandro, ó pasan rasando con

(1) Vease la nota Q, al fin del volúmen.

su vuelo los pórticos de los palacios. Horacio, Tibulo, Propercio y Ovidio bosquejaron tambien algunos dibujos de la naturaleza; pero esto jamás pasa de un sitio sombrío favorecido de Morfeo, de un valle donde debe bajar Citérea, ó de una fuente donde descansa Baco en el seno de las náyades.

La edad filosófica de la antigüedad no varió en nada aqueste estilo. El Olimpo, en el que ya nadie creia, se refugió entre los poetas que protegieron en retorno á los dioses que les habian antes protegido. Stacio y Silio Itálico no escedieron en poesía descriptiva á Homero ni á Virgilio; solo Lucano progresó algun tanto en esta carrera, y se halla en la Farsalia la descripcion de un bosque y de un desierto, que recuerdan los colores de los modernos (1).

En fin, los naturalistas fueron sóbrios como los poetas, y siguieron con poca diferencia la misma progresion. Así Plinio y Columela, que parecieron los últimos, se detuvieron mas que Aristóteles en describir la naturaleza. Entre los historiadores filósofos, Genofonte, Tácito, Plutarco, Platon y Plinio el jóven, se distinguen por algunos cuadros bellos (2).

Parece increible que unos hombres tan sensibles como antiguos, careciesen de ojos para ver la naturaleza y de talento para pintarla; es preciso, pues, que los cegara alguna causa poderosa, y esta causa era la mitología, que poblando el mundo de elegantes quimeras, quitaba á la creacion su gravedad y su soledad.

(1) Descripcion de muy mal gusto; pero aqui solo tratamos del género y no de la ejecucion.

(2) Véase en Jenofonte la *Retirada de los diez mil* y el *Tratado de la caza:* en Tácito la descripcion del campo abandonado donde fue derrotado Varo con sus legiones (*An.* lib. I): en Plutarco, la *Vida de Bruto y de Pompeyo*; en Platon la abertura del *Diálogo de las leyes*, y en Plinio la descripcion de su jardin.

Fué preciso que viniese el cristianismo á desterrar toda aquella multitud de faunos, sátiros y ninfas, para volver á las grutas su silencio y á los bosques su ilusion. Los desiertos tomaron bajo nuestro culto un carácter mas triste, mas incierto y mas sublime: se ha elevado la cúpula de las florestas; los rios han roto sus pequeñas urnas para derramar las aguas del abismo desde la cima de las montañas; y volviendo á entrar el verdadero Dios en sus obras, ha dado su inmensidad á la naturaleza.

El magestuoso espectáculo de la naturaleza no podia hacer sentir á los griegos ni á los romanos las sensaciones que difunde en nuestra alma. En vez de ese sol en su ocaso, cuyo rayo prolongado tan pronto ilumina las selvas, como forma una tangente de oro sobre el arco siempre móvil de los mares; en lugar de esos accidentes de luz que nos recuerdan cada mañana el milagro de la creacion, los antiguos solo veian constantemente una uniforme tramoya de teatro.

Si el poeta se estraviaba por los valles del Tayjetes, por la orilla del Esperquio, sobre el Ménalo, tan amado de Orfeo, ó por las campiñas de Flora, á pesar de la dulzura de estas denominaciones, no hallaba mas que faunos, ni oia mas que driadas. Allí estaba Priapo sentado sobre un tronco de olivo, y Vertumno dirigia con sus céfiros interminables danzas. Los silvanos y las náyades pueden presentarse agradablemente á la imaginacion, con tal que no se reproduzan muy á menudo. Nosotros no queremos,

. . . . . Chasser les tritons de l'empire des eaux.
Oter á Pan sa flûte, aux Parques leurs ciseaux.

Mas en resúmen, ¿qué deja todo esto en el fondo del alma? ¿qué resultados trae para el corazon? ¿qué

fruto puede sacar el pensamiento? ¡Ah! ¡Cuánto mas favorecido es el poeta cristiano en la soledad en que Dios se pasea con él! Libres ya los bosques de aquella multitud de dioses ridículos que los limitaban por todos lados, se le representan llenos de una divinidad inmensa. El don de profecía y de sabiduría, el misterio y la religion, parece que residen siempre en sus profundidades sagradas.

¡Internaos en aquellos bosques americanos, tan antiguos como el mundo, y vereis que silencio tan profundo se advierte en sus retiros cuando están apaciguados los vientos!.... ¡qué voces desconocidas cuando el aire se llega á conmover! Estais inmoble y todo enmudece, dais un paso y todo gime. Se acerca la noche, se espesan las nieblas, y á su amparo se oyen andar manadas de bestias salvages; retumba la tierra á vuestros pasos, hace bramar los desiertos tal cual rayo; se agita el bosque; caen los árboles; corre delante de vuestros pies un rio desconocido, y por último, sale la luna de Oriente; á medida que pasais al pie de los árboles, parece que anda errante en su cima por delante de vosotros, y que sigue tristemente vuestras miradas. Se sienta el viagero en el tronco de una encina para esperar el dia; mira sucesivamente al astro de la noche, las tinieblas y el rio; se siente inquieto, agitado, y como en espera de cierta cosa desconocida. Un placer nunca sentido, y un temor estraordinario hacen palpitar su corazon, como si fuese á ser admitido á algun secreto de la Divinidad; está solo en lo interior de los bosques; pero el pensamiento del hombre llena fácilmente los espacios todos de la naturaleza, y las mayores soledades de la tierra son menos vastas que un solo vuelo de su corazon.

No hay duda: aun cuando negase el hombre la Divinidad, el ente racional seria siempre mas augusto en medio de los mundos solitarios, sin acompañamien-

to y sin espectadores, que si pareciese rodeado de las pequeñas deidades fabulosas. El vacío desierto tendria aun alguna analogía con la estension de sus ideas; la tristeza de sus pasiones, y con el mismo disgusto de una vida sin ilusiones y sin esperanza.

Existe en el hombre un instinto que le pone en relacion con las escenas de la naturaleza. ¡Ah! ¡quién no habrá pasado horas enteras sentado á la orilla de un rio, y viendo como se deslizan sus olas! ¡quién no se habrá complacido en las riberas del mar al ver blanquear el lejano escollo! Debemos compadecer á los antiguos, que no vieron ni hallaron en el Océano mas que el palacio de Neptuno y la gruta de Proteo; era cosa bien triste no ver mas que las aventuras de los tritones y de las nereidas en la inmensidad de los mares, que parece nos da una medida confusa de la grandeza de nuestra alma, y un deseo vago de dejar la vida para abrazar la naturaleza y confundirnos con su autor.

CAPITULO II.

De la alegoría.

¡Cómo! esclamará alguno, ¿ninguna belleza hallais en las alegorías antiguas?

Preciso es hacer una distincion. La alegoría *moral*, como la de las *súplicas* en Homero, es hermosa en todo pais, en todo tiempo y en toda religion: el cristianismo no la ha desechado. Y siempre que queramos podemos poner al pie del Arbitro soberano las dos urnas del bien y del mal. Y aun tendremos nosotros la ventaja de que nuestro Dios no obrará injustamente y al aca-

so como Júpiter: esparcirá las olas del dolor sobre la cabeza de los mortales, no por capricho, sino por un fin conocido de él únicamente. Sabemos que nuestra felicidad en la tierra está coordinada y se encamina á una felicidad general, en una cadena de seres y de mundos que se ocultan á nuestra vista, que el hombre, en armonía con los globos, camina á paso igual con ellos al cumplimiento de una revolucion que oculta Dios en su eternidad.

Pero si la alegoría *moral* subsiste siempre para nosotros, no sucede asi con la *física*. Que Juno sea el *aire*, que Júpiter sea el *éter*, y que de este modo sean aun el esposo y la esposa, el hermano y la hermana, ¿dónde está el encanto y la grandeza de esta personificacion? Aun hay mas, esta especie de alegoría es contra los principios del gusto, y aun de la sana lógica.

Nunca debe personificarse mas que una *calidad*, una *afeccion* de la cosa, y no la *cosa misma*; porque de otro modo no es una verdadera *personificacion*, sino haber hecho mudar el nombre al objeto. Bien se puede hacer hablar á una piedra, pero ¿qué sacaré con dar á esta piedra un nombre alegórico? El alma, pues, cuya vida es su misma naturaleza, tiene por esencia la facultad de producir; de manera que uno de sus vicios y una de sus virtudes pueden considerarse como su *hijo* ó como su *hija*, pues verdaderamente ella los ha engendrado. Este pasion, activa como su madre, puede de consiguiente crecer, desenvolverse, tomar facciones, y llegar á ser un ente distinto. Pero el objeto pasivo por su esencia, que no es susceptible ni de placer ni de dolor, y que solo tiene accidentes y pasiones, y unos accidentes tan muertos como él mismo, no presenta cosa alguna que se pueda animar. ¿Formareis un ente alegórico de la *dureza* del guijarro, ó de la savia de la encina? Ademas de que es

menester advertir tambien, que el gusto queda mas satisfecho con las *dríadas*, *náyades*, *céfiros*, y *ecos*, que con las ninfas adheridas á objetos mudos é inmobles: esto es efecto de que se halla en los árboles, en el agua y en el aire un movimiento y un ruido que recuerdan la idea de la vida, y que por consiguiente, pueden suministrar una alegoría como el *movimiento* del alma. En cuanto á lo demas, esta especie de *pequeña alegorìa* material, aunque no tan mala como la *grande alegorìa física*; siempre es de un género mediano, frio é incompleto; cuando mas, se parece á las hadas de los árabes, y á los genios de los orientales.

En cuanto á aquellos dioses desconocidos que los antiguos colocaban en los bosques desiertos y sobre los sitios salvages, hacian sin duda un efecto muy bello, pero no tenian conexion con el sistema mitológico: el entendimiento humano recaia aqui en la religion natural. Lo que adoraba el tímido viagero, pasando por las soledades, era cierta cosa *ignorada*; cierta cosa cuyo nombre sabia él, y á la cual llamaba la *Divinidad del sitio*: á veces le daba el nombre de Pan, y Pan era el dios *universal*. Aquellas grandes sensaciones que inspira la naturaleza inculta, no han cesado de existir, y los bosques conservan aun para nosotros su formidable divinidad.

Por último, es tan cierto que la *alegorìa física, ó los dioses de la fábula*, destruian los encantos de la naturaleza, que los antiguos no tuvieron verdaderos pintores de paisage (1), por la misma razon que carecian de poesía descriptiva. Pero esta poesía ha sido mas ó menos conocida entre los otros pueblos idólatras, que han ignorado el sistema mitológico: esto lo

(1) Los hechos en que se apoya esta asercion están desenvueltos en la nota R. al fin del tomo.

prueban los poemas *Sanscrit*, los *Cuentos árabes*, los *Eddas*, y las canciones de los negros y de los salvages (1). Mas como las naciones infieles han mezclado siempre su falsa religion (y por consiguiente su mal gusto) en sus obras, solo se ha sabido pintar la naturaleza, con sus colores verdaderos, por el cristianismo.

CAPITULO III.

Parte histórica de la poesía descriptiva entre los modernos.

No bien empezaron los apóstoles á predicar al mundo el Evangelio, cuando se vio nacer la poesía descriptiva. Todo volvió á entrar en la verdad *delante de aquel que ocupa el lugar de verdad en la tierra*, como dice San Agustin. La naturaleza cesó de dejarse oir por el órgano engañoso de los ídolos; se conocieron sus fines, y se supo que habia sido criado primeramente para Dios, y despues para el hombre. Con efecto, nunca predica ella mas que dos cosas: Dios glorificado en sus obras, y las necesidades del hombre satisfechas.

Este descubrimiento hizo mudar de aspecto á la creacion; por su parte intelectual, es decir, por medio de este pensamiento de Dios que ella manifiesta por todas partes, recibe el alma un alimento abundante; y por su parte material, percibió el cuerpo que todo habia sido criado para él. Desvaneciéronse, y desaparecieron enteramente los vanos simulacros aplicados á los seres insensibles; las rocas fueron

(1) Véase la nota S. al fin del tomo.

animadas con mas realidad, las encinas profirieron oráculos mucho mas ciertos; y los vientos y las olas levantaron la voz mucho mas penetrantes, cuando el hombre sacó del fondo de su propio corazon la vida, los oráculos, y las diferentes voces de la naturaleza.

Hasta aquel momento habia sido mirada la soledad como horrorosa, pero los nuevos cristianos hallaron en ella mil encantos. Los anacoretas escribieron sobre la dulzura de los montes de piedra, y sobre las delicias de la contemplacion: este es el primer paso de la poesía descriptiva. Los religiosos que publicaron la vida de los primeros padres del desierto, se vieron á su vez obligados á hacer la descripcion de los retiros donde habian ocultado su gloria aquellos ilustres desconocidos. Aun tenemos en las obras de San Gerónimo y San Atanasio (1), descripciones de la naturaleza, que prueban como sabian observar y hacer amar lo que pintaban.

Este nuevo género introducido en la literatura por el cristianismo, se desenvolvió rápidamente. Estendióse hasta en el mismo estilo histórico, como se advierte en la coleccion llamada *Bizantina*, y sobre todo en las historias de Procopio. Se propagó igualmente, pero se corrompió, entre los romancistas griegos del Bajo-imperio, y entre algunos poetas latinos en el Occidente (2).

Dominada Constantinopla por los turcos, apareció en Italia una nueva poesía descriptiva, compuesta de los restos del espíritu moro, griego é italiano. El Petrarca, el Ariosto y el Tasso, la elevaron al grado mas alto. Mas esta descripcion carece absolutamente de verdad. Consiste en ciertos epítetos repetidos fre-

(1) Hieronymus *in vita* Paul. Sanct. Athan, *In vita* Anton.

(2) Boecio. etc.

cuentemente, y aplicados siempre del mismo modo. No sabia salir de un *bosque espeso*, de una *cueva fresca* ó de las orillas de una *clara fuente*, y á cada momento repite los bosques de *naranjos*, y los toldos de *jazmines*, y los matorrales de *rosas*.

Apareció de nuevo *Flora* con su canastillo, y no faltaron á su acompañamiento los antiguos *céfiros*; pero no encontrando en los bosques ni á las *náyades*, ni á los *faunos*, corrian peligro de perderse en esta inmensa soledad de la naturaleza cristiana, sino hubieran encontrado las *hadas* y los *gigantes* de los moros. Cuando el entendimiento humano da un paso es preciso que todo camine con él; todo se muda con sus claridades o con sus sombras: así le cuesta trabajo al presente admitir pequeñas divinidades donde solo ve grandes espacios. Por mas que se coloque á la amante de Titon sobre un carro, y se la cubra de flores y de rocío, nada impedirá que aparezca sobrado mezquina, paseando su débil luz por aquellos cielos infinitos que ha desarrollado el cristianismo: deje, pues, el cuidado de iluminar el mundo al que le creó.

Esta poesía descriptiva *italiana* pasó á Francia, y fué bien acogida por Ronsard, Lemoines, Coras, Saint-Amand y nuestros antiguos novelistas. Pero los grandes escritores del siglo de Luis XIV, disgustados de semejantes pinturas, en que no veian verdad alguna, las desterraron de sus obras: este es uno de los caractéres distintivos; por consiguiente, no se halla en ellas casi vestigio alguno de lo que nosotros llamamos *poesía descriptiva* (1).

Lanzada de Francia la musa de los campos, se re-

(1) Es preciso esceptuar á Fenelon, La Fontaine y Chaulieu. Racine el hijo, padre de esta nueva escuela poética, en la que ha sobresalido Mr. Delille puede ser mirado tambien como el fundador de la poesía descriptiva en Francia.

fugió en Inglaterra, donde la habian ya dado á conocer Spenser, Waller y Milton. Allí perdió por grados su estilo afectado, pero cayó en otro esceso. No pintando mas que la verdadera naturaleza, quiso pintarlo todo, y cargó escesivamente sus pinturas de objetos demasiado pequeños, ó de circunstancias caprichosas. El mismo Thomson tiene en su canto del *invierno*, tan superior á los otros tres, descripciones de una languidez mortal: tal fué la época segunda de la poesía descriptiva.

De Inglaterra volvió á pasar á Francia, con las obras de Pope y del cantor de las estaciones. Le costó trabajo introducirse, porque le hizo frente el antiguo estilo itálico, que habian resucitado Mr. Dorat y algunos otros. Triunfó por ultimo, y debió la victoria á Delille y Saint-Lambert. En fin, se perfeccionó por la musa francesa, se sometió á las reglas del gusto, y llegó á su tercera época.

Digamos no obstante, que se mantuvo pura, aunque desconocida, en las obras de algunos naturalistas del siglo de Luis XIV, como Tournefort y el padre Du-Tertre. A una imaginacion viva, reune éste un genio tierno y reflexivo, y hasta se sirvió como La Fontaine, de la palabra *melancolia*, en el sentido en que hoy la usamos. Asi no estuvo privado enteramente el siglo de Luis XIV del verdadero género descriptivo, como pudiera creerse, aunque solamente usado en las cartas y relaciones de nuestros misioneros (1). De aqui es de donde hemos sacado esta especie de estilo, que hoy creemos tan nuevo.

Por otra parte, las pinturas esparcidas en la Biblia bastan para probar que la poesía descriptiva nació entre nosotros del cristianismo. *Job, los profetas, el Eclesiástico*, y sobre todo los *Salmos*, están llenos de descripciones magníficas. El salmo *Benedic, anima mea*, es una obra maestra de este género.

(1) Cuando hablemos de las misiones, se verán muy buenos ejemplos.

«¡Alma mia, bendice al Señor; Señor mi Dios, cuán grande sois en vuestras obra!. . . . . .

. . . . . .

«Vos esparcís las tinieblas, y la noche se estiende sobre la tierra; entonces es cuando las fieras de los bosques andan por entre las sombras, y cuando los rugidos de los leoncillos claman por la presa, y piden á Dios el alimento prometido á los animales. Massale el sol, y se retiran las fieras montaraces. . . . . .

«Sale entonces el hombre para el trabajo del dia, y á cumplir con su obra hasta que llegue la noche. .

. . . . . .

«¡Qué dilatado es ese mar que estiende á lo lejos sus espaciosos brazos! Innumerables animales se mueven en su seno, los mas pequeñitos con los mas grandes, y los navíos surcan sobre sus aguas.»

Horacio y Píndaro no llegaron con mucho á esta poesía. Con razon, pues, hemos podido decir, que Bernardino de Saint-Pierre debe al cristianismo su talento para pintar las escenas de la soledad: se le debe á él, porque destruyendo nuestros dogmas las divinidades mitológicas, han vuelto la verdad y magestad á los desiertos; y se le debe, porque ha encontrado en el sistema de Moisés el verdadero sistema de la naturaleza.

Pero aqui se presenta otra ventaja del poeta cristiano: si su religion le suministra una naturaleza *solitaria*, puede tener tambien una naturaleza habitada. Puede á su antojo colocar ángeles en guarda de los bosques, en las cataratas de los abismos, ó confiarles los soles y los mundos. Esto nos conduce á hablar de

los seres *sobrenaturales*, ó de lo *maravilloso* del cristianismo.

CAPITULO IV.

Si las divinidades del paganismo tienen poéticamente alguna superioridad sobre las divinidades cristianas.

Todas las cosas tienen dos aspectos. Algunas personas imparciales podian tal vez decirnos:

«Se os concede que, en cuanto á los hombres, ha suministrado el cristianismo una parte dramatica que faltaba á la mitología, y que ademas ha ofrecido la verdadera poesía descriptiva. Estas dos ventajas las reconocemos, y bajo ciertos respetos pueden justificar vuestros principios, y contrapesar las bellezas de la fábula. Pero en la actualidad debeis convenir, si procedeis de buena fé, que cuando las divinidades del paganismo obran *directamente y por si mismas*, son mas poéticas y dramáticas que las divinidades cristianas.»

Asi podrá juzgarse á primera vista. Participando los dioses antiguos de nuestros vicios y virtudes, teniendo, como nosotros, cuerpos sujetos al dolor, y pasiones irritables, mezclándose con la especie humana, y dejando aqui abajo una mortal posteridad, no son mas que una especie de hombres superiores, á quienes se puede hacer obrar como á los otros hombres. Nos inclinaríamos, pues, á creer, que suministran mas recursos á la poesía que las inteligencias impasibles é incorpóreas del cristianismo; pero mirando la cosa mas de cerca, hallaremos que esta superioridad dramatica se reduce á poca cosa.

En primer lugar, en toda religion ha habido siempre dos especies de deidades para el poeta y el filósofo; y asi el Gran Ser abstracto, del cual han hecho tan bellas pinturas Tertuliano y San Agustin, no es el *Jehovah* de David ó de Isaías; uno y otro son muy superiores al *Teos* de Platon y al *Júpiter* de Homero. No es verdad, pues, en todo su rigor, que estén privadas de toda pasion las divinidades poéticas de los cristianos. El Dios de la Escritura se arrepiente, es celoso, ama, aborrece, y se enciende en cólera como un torbellino: el Hijo del Hombre se compadece de nuestros trabajos, la Vírgen, los santos y los ángeles, se conmueven con el espectáculo de nuestras miserias, y en general se ocupa mucho mas de los hombres el *Paraiso* que el Olimpo.

Hay *pasiones*, pues, en nuestras potestades celestiales, y estas pasiones tienen sobre las de los dioses del paganismo la gran ventaja de que nunca traen consigo la idea del desórden y del mal Sin duda es una cosa maravillosa, que al pintar la *cólera* ó la *tristeza* del cielo cristiano, no se pueda destruir en la imaginacion del lector el sentimiento de la tranquilidad y de la alegría: tal santidad y justicia hay en el Dios presentado por nuestra religion.

Aun hay mas; porque si se quiere absolutamente que el Dios de los cristianos sea un ser impasible, pueden aun suponerse espíritus ó inteligencias apasionadas tan dramáticas y tan malignas como las de los antiguos; porque el infierno reune todas las pasiones de los hombres. Nuestro sistema teológico nos parece mas bello, mas arreglado y mas sábio que la doctrina fabulosa que confundia hombres, dioses y demonios. El poeta halla en nuestro cielo los seres perfectos, pero sensibles, y dispuestos en una brillante gerarquía de amor y de poder; el infierno encierra sus dioses apasionados y poderosos en el mal, como los dioses mitológicos: los hombres ocupan el lugar medio,